Pablo Neruda fundador de utopías

«Yo tengo frente a mí sólo semillas
desarrollos fragantes y dulzura».
(*Canto general*: «¡Que despierte el
leñador!», XII: La vida)

«Yo he sido un hombre afortunado...»
(*Infancia y poesía, Obras completas*, 3ª
ed., I [Buenos Aires: Losada, 1967].
El texto es de 1954).

«*A l'aurore, armés d'une ardente
patience, nous entrerons aux splendides
Villes.* Yo creo en la profecía de
Rimbaud, el vidente».
(*Discurso de Estocolmo (1972), Obras
Completas*, 4ª ed., I) (Buenos Aires:
Losada, 1973).

Los tres pasajes citados nos introducen en el obstinado optimismo nerudiano, en su repetido sueño utópico. Digo obstinado en el sentido de que Neruda nunca fue en realidad de veras optimista y siempre se impuso una visión de la realidad y del hombre distinta, que mejorara la que tenía ante sí.

La afirmación que acabo de hacer podrá parecer a más de un exégeta del poeta chileno casi blasfema. La obra, la vida nerudianas son el testimonio más evidente de lo que digo. Más de una vez, en conversaciones particulares, el poeta nos expresó su inconformidad con la presentación que de él se hacía, como «héroe» de una determinada época y de una bien individuada bandera, a la que, sin embargo, adhería.

Yo creo que ha llegado el momento de situar a Neruda en una dimensión que le es propia, idónea a dar de él y de su obra el significado permanente, de extraordinario vigor dramático. En el testamento del *Canto General*, que Neruda tituló «La gran alegría» él mismo confiesa que su única aspiración es que el futuro lector, abriendo esa metafórica caja que es su poesía, encuentre en ella «cara a cara la vida» y hundiendo el alma toque «las ráfagas» que hicieron su «alegría» en la «altura tempestuosa»¹. Las «ráfagas», la «altura tempestuosa», forman la «vida» y se imponen sobre la «alegría», por otra parte futura. Así es toda la trayectoria nerudiana. A través del tiempo, por más que se obstine en afirmar la esperanza —en *Fin de mundo* volverá a subrayar la función del poeta: «Mi deber es vivir, morir, vivir»²— domina la experiencia de una sociedad negativa, de un mundo desvencijado, sobre el cual se asoma «el día pálido» de «Débil del alba»³, con sus «fuerzas en gris / sin cascabeles, goteando el alba por todas partes», con su «desgarrador olor frío». Una filosofía de la degradación acompaña al poeta por toda su vida. A distancia de decenios de las *Residencias*, la perspectiva no está destinada a cambiar; al contrario, se hace más dramática y sombría. La terrible lección de la guerra de Vietnam, los acontecimientos de Praga, exaltan el significado aterrador de la «fábrica total de la muerte», el «núcleo desatado» que llevará al suicidio del universo⁴. El siglo progresivo va a encontrar su propia destrucción en lo que, aparentemente, es el fundamento de su progreso: la máquina. Es el siglo del asesinato y del crimen. La máquina es el símbolo negativo de la edad infeliz. Contra la sociedad que vive el mito de la eficiencia se levantan las «mandíbulas maquinarias»⁵. El monstruo fabricado por el hombre devora a la humanidad.

¿Dónde están los entusiasmos del poeta?. En *Fin de mundo* Neruda declara que no puede mostrar a la gente su «colección de escalofríos»⁶, y la muestra dramáticamente. El aparentemente «poderoso viajero» de «Entierro en el Este»⁷ ha perdido hasta su apariencia. La experiencia de humanidad que el poeta afirmaba en las «Alturas de Macchu Picchu», del *Canto General* —«porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas, / y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo / con un ramo

¹ *Canto General*, «Yos soy»; XX-La gran alegría. Las referencias a *Obras Completas de P. Neruda* (Buenos Aires, Losada, 1973, 4.ª ed.).

² *Fin de mundo*: «La puerta».

³ *Residencia en la tierra*: «Débil del alba».

⁴ *Fin de mundo*: «Bomba (I)».

⁵ *Ibid.*: «Muerte de un periodista».

⁶ *Ibid.*: «Metamorfosis».

⁷ *Residencia en la tierra*: «Entierro en el Este».

de agua secreta y de verdades sumergidas»⁸ — parece del todo olvidada en su significado positivo. El «oscuro esplendor»⁹ se ha vuelto sólo obscuridad. Las «muchas muertes»¹⁰ que llegaban a cada hombre ya son una muerte total, un Apocalipsis gigantesco.

Y sin embargo, en el núcleo mismo de la muerte reside la vida. La naturaleza es madrastra y madre del hombre. Afirma Neruda en «Cataclismos»: «No hay infortunio que no reconstruya la aguja, / cose que cose el tiempo como una costurera...»¹¹. Y por encima de toda destrucción o herida «Alabada sea la vieja tierra color de excremento», sus «ovarios sacrosantos»¹². Son versos del libro póstumo *2.000*, punto de partida para una nueva utopía:

y fruto a fruto llegará la paz:
el árbol de la dicha se prepara
desde la encarnizada raíz que sobrevive
buscando el agua, la verdad, la vida¹³.

La que acabo de hacer es una larga introducción al tema de la utopía, en su fondo negativo. El luchador que fue Neruda tuvo continua necesidad de afirmar en el tiempo su fe, su convicción en un futuro de signo positivo, y en ello su misma existencia. Semejante a un animal mítico, él fue renaciendo continuamente de destrucciones y cenizas. Su participación al destino del hombre lo llevó a un obstinado resucitar cada día. El texto nerudiano más dramático, *Fin de mundo*, termina con estos versos:

Me morí con todos los muertos.
Por eso pude revivir
empeñado en mi testimonio
y en mi esperanza irreductible¹⁴.

El motor de la utopía nerudiana es precisamente esa «esperanza irreductible». «Obstinada» es el término exacto. En una conferencia, en Milán¹⁵ —cuyo texto ha quedado inédito—, Neruda subrayaba la necesidad fundamental de sobrevivir a todo fracaso, a toda derrota, en función del

⁸ *Canto General*: «Alturas de Macchu Picchu», XI.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, III.

¹¹ *Cantos Ceremoniales*: «Cataclismos», XIII.

¹² *2.000* (Buenos Aires, Losada, 1974), IV-«La tierra».

¹³ *Ibid.*: «Celebración».

¹⁴ *Fin de mundo*: «Canto».

¹⁵ El 10 de marzo de 1972, presentando la edición italiana de *Fin de mundo* (Milán: Accademia, 1972).

hombre. En *Fin de mundo*, libro que en esa ocasión presentaba, había escrito: «sobrevive el hombre infinito».

Podemos constatar que la utopía nerudiana surge con ocasión de grandes fracasos, de cambios fundamentales, en su vida personal o en la del mundo, o también a raíz de particulares emociones. Pertenece a la esperanza, a la necesidad vital del optimismo o a un momento de particular euforia.

Frente a la visión negativa que se nos ofrece, con relación al mundo, en la primera época nerudiana, y que por más que diga el poeta¹⁶, acentúa la residencia en Asia, se levanta la perspectiva del futuro feliz. Es la primera construcción utópica de Neruda. Su llegada a España, en 1934, después de una breve estancia en Buenos Aires, es como el arribo a un puerto de salvación. Salido de un universo dominado por la muerte —la muerte que está esperando «vestida de almirante», en un puerto hacia el cual se dirigen todas las vidas¹⁷— y del cual perdurará en el tiempo la experiencia, positiva, del límite —«Y si algo vi en mi vida fue una tarde / en la India, en las márgenes de un río: / arder una mujer de carne y hueso...»¹⁸—, España es el país que desvanece las sombras y recupera el poeta a la vida, a una visión positiva, dándole la conciencia de que existe un mundo distinto. Conocemos los versos: «duramente central», Neruda afirma que ya tiene la «alegría duradera del mástil»¹⁹.

Es el momento de la gran utopía del mundo feliz, que asoma de entre la «sal terrible» y las «lágrimas», hora de alto significado, que el poeta expresa a través de una lograda metáfora: «Es la hora / alta de tierra y de perfume»²⁰. Neruda vive así la estación más intensa de su existencia. Algunos elementos del paisaje urbano entran a ser patrimonio interior permanente de su poesía: la «casa de las flores», las calles de los arrabales madrileños, que «caían a Castilla», de «cordeleros y toneles», «trenzas de parto», «duelas arqueadas», de «carboneros» y «madererías», mundo hondamente añorado, más tarde, en «Ay! Mi ciudad perdida», del *Memorial de Isla Negra*²¹. En sus primeras memorias²² afirmará que los únicos ríos de España son sus poetas: Quevedo con sus aguas «verdes» y profundas, Calderón con sus sílabas que cantan, los «cristalinos Argensolas», Gón-

¹⁶ NERUDA ha afirmado en *Confieso que he vivido* (Buenos Aires, Losada, 1973), p. 116, que le parece equivocado hablar de una influencia en él de su residencia en el Oriente.

¹⁷ *Residencia en la tierra*, II: «Sólo la muerte».

¹⁸ *Memorial de Isla Negra*, II-La luna en el laberinto: «Aquellas vidas».

¹⁹ *Tercera residencia*: «Reunión bajo las nuevas banderas».

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Memorial de Isla Negra*, III-El fuego cruel: «Ay! mi ciudad perdida».

²² *Memorias* publicadas en *O cruzeiro internacional*, 16-IV-1962.

gora «río de rubíes». El pasaje entra intacto más tarde en *Confieso que he vivido*²³. Y en «Viaje al corazón de Quevedo» será la confirmación del encuentro consigo mismo a través del gran poeta del siglo XVII²⁴.

La guerra civil española interrumpe el breve sueño feliz. La guerra con sus destrucciones aniquila al mundo hispánico. El infierno baja a la tierra. Los responsables de la tragedia viven un oscuro destino en un lóbrego inframundo dantesco. Sobreviene la segunda guerra mundial y sólo con la victoria final Neruda volverá a su sueño utópico.

Regresando a Chile, después de haber visitado las Alturas de Macchu Picchu, el poeta intenta forjar una segunda utopía, fundamentada en la mitización del pasado frente a la infelicidad del mundo actual. Sólo que, a pesar suyo, el mito no resiste. La realidad de dolor destruye la utopía. Bajo la arquitectura de la ciudad «escalar», la experiencia del hombre explotado es siempre la misma: violencia, esclavitud, hambre, muerte, «el rojo / goterón de la sangre»²⁵. Pero Neruda ha alcanzado, a través de este contacto con el mundo doliente, la conciencia de su destino de intérprete predestinado de este mundo: «Hablad por mis palabras y mi sangre»²⁶.

Por otra parte, en esa extraordinaria «ouverture» al *Canto General* que es «Amor América», el poeta afirma, diría con orgullo, su condición de «Gran Lengua», a la manera indígena, o sea de intérprete sagrado de su mundo, con una expresión sencilla que lo distingue de entre la multitud y lo aísla por encima de los signos del tiempo: «Yo estoy aquí para cantar la historia»²⁷.

Frente a las críticas acerca de los prosaísmos del *Canto General*, Neruda se define «cronista», parcialmente, al menos, de su época²⁸. Y el cronista, si es honrado, no puede falsificar la realidad. De esta manera, el grandioso comienzo del *Canto*, donde se contempla la extensión, toda en potencia, de las tierras «sin nombre y sin número»²⁹ todavía, cuando con fórmula casi sacral «En la fertilidad crecía el tiempo», las «pampas planetarias»³⁰, mundo de idílica paz en el que se repite el clima de la creación, propio del *Popol-Vuh*, ve desmentida su aparente atmósfera feliz por el dolor humano. ¿Qué mucho que luego intervenga la negativa historia de la conquista, más tarde la de los dictadores, si todo es continua-

²³ *Confieso que he vivido*, «Caballo verde», p. 163.

²⁴ *Viaje al corazón de Quevedo*, OC, 543, II.

²⁵ *Canto General*, «Alturas de Macchu Picchu», X.

²⁶ *Ibid.*, XII.

²⁷ *Canto general*, «Amor América».

²⁸ *Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos*, OC, III, 713.

²⁹ *Canto General*, I-La lámpara en la tierra: I: «Amor América».

³⁰ *Ibidem*.

ción de una injusticia de los orígenes? El mitizado sueño utópico del poeta pierde su fundamento necesario.

Con la persecución personal cambia el clima. Pero ni siquiera en esta circunstancia Neruda abandona la utopía. Sobre la maldad de los que le persiguen va construyendo otro mundo de bondad y de sabiduría. Es pensando en la bondad por todas partes encontrada como el poeta afirma haber sido un hombre afortunado³¹. El bueno no puede no ser sabio. Una «antigua voz» va enseñando al poeta, mientras el hombre rural acaricia a los caballos³². En torno, la plenitud de la naturaleza, que reconoce su intérprete y le expresa ella misma solidaridad:

Tierra nocturna, a mi ventana
llegabas con tus labios,
para que yo durmiera dulcemente,
como cayendo sobre miles de hojas,
de estación a estación, de nido a nido,
de rama en rama, hasta quedar de pronto
dormido como un muerto en tus raíces³³.

La utopía del mundo bueno y solidario está destinada a resistir por decenios. Sólo en *Fin de mundo* se irá desmoronando, cuando Neruda reconocerá que él mismo es «Cómplice de la humanidad», con sus «hermanos asesinos»³⁴. Aunque luego reaccionará inmediatamente para proclamar que «hay que dejar establecida la nueva ternura en el mundo»³⁵.

La utopía de la libertad, del poder productivo del pueblo unido, la afirma Neruda especialmente en el *Canto General*. El simbólico árbol que inaugura la sección de poemas dedicados a «Los Libertadores» afirma la inevitabilidad de la victoria del pueblo. Hernán Loyola ha definido este árbol como el símbolo de una «utopía de creatividad y alegría sobre el planeta»³⁶. Es el árbol del pueblo, como Neruda explica, que se nutre de todos los sufrimientos del mismo, a través de las edades, pero cuyas raíces permanecen vivas, crecen en la tierra; al final brota el árbol y crece «hasta las estrellas»³⁷. Siempre hostilizado hay que defenderlo, pero también hay que gozar de su florecimiento. Invita el poeta:

³¹ *Infancia y poesía*.

³² *Canto General*, X-El fugitivo, II.

³³ *Ibid.*, I.

³⁴ *Fin de mundo*: «Canto».

³⁵ *Ibid.*

³⁶ H. Loyola, en P. NERUDA, *Antología poética*, prólogo, selección y notas de H. L. (Madrid, Alianza Editorial, 1981), I, 210.

³⁷ *Canto General*, IV-Los Libertadores.

hunde la mano en las usinas
 donde su fruto palpitante
 propaga su luz cada día.
 Levanta esta tierra en tus manos,
 participa de este esplendor,
 toma tu pan y tu manzana,
 tu corazón y tu caballo
 y monta guardia en la frontera,
 en el límite de sus hojas³⁸.

Neruda sigue incitando a la defensa del árbol sagrado. Árbol «capo-volto» lo ha definido el citado Loyola, que «crece hacia la profundidad de nuestro mundo»³⁹. Diría que crece desde la profundidad y luego, como se expresa el mismo poeta, «crece en medio de la tierra»⁴⁰. O sea se nutre de la profundidad = dolor del hombre y crece en medio del hombre propagando felicidad, como árbol de la libertad fruto del propio hombre.

El mito-utopía de la unidad positiva del pueblo tendrá, decenios más tarde, una nueva, casi desesperada afirmación frente a la difícil situación nacional chilena. No cabe duda de que afirmando en *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución chilena* la invencibilidad nacional en la unidad del pueblo, Neruda reaccionaba frente a la amenazante perspectiva de todo lo contrario. En una conversación de esos años nos había declarado abiertamente sus temores de que los extremismos de ambos lados llevaran fatalmente la situación a un trágico desenlace.

La gran utopía nerudiana se concreta en una bien definida ideología, es la felicidad del mundo socialista. La posición política del poeta no necesita mayores explicaciones, aunque su fundamento doctrinario era casi inexistente. Sus puntos de referencia fueron, como era lógico, la Unión Soviética, su fundador, Lenin, su jefe, Stalin, sobre todo después de la heroica resistencia contra los alemanes en Stalingrado, durante la segunda guerra mundial. La ciudad y sus defensores fueron cantados en el «Canto a Stalingrado», en el «Nuevo Canto de amor a Stalingrado», luego reunidos en la *Tercera residencia en la tierra*, y también en el tercer poema de «¡Que despierte el leñador!» del *Canto General*, donde la ciudad, «resplandeciente» por su heroísmo, llega a representar una suerte de resurrección de la primavera y la vida, y la Unión Soviética es llamada «Madre de los libres». En el mismo poema, con Molotov, Voroschilov y otros personajes, se celebra a Stalin, representado como incansable trabajador por su patria y el mundo: «El mundo y su patria no le dan reposo». Rusia es

³⁸ *Ibid.*

³⁹ H. Loyola, ob, cit. en la nota 36, p. 210.

⁴⁰ *Canto General*. IV-Los Libertadores.

«parte de él mismo». El culto personal es plenamente aceptado por el poeta. Más tarde, muerto Stalin, revelada su conducta criminal por Cruchov, Neruda verá caer su mito y buscará repetidamente justificarse. En *Fin de mundo* proclama su terrible cansancio por tantos «horribles retratos» de Stalin, «con sus bigotes de jaguar», «sus ojos / que amamantaron tanto miedo», condena el período de su poder y su culto como una «locura tan larga», «ciega y enterrada / en su grandeza demencial»⁴¹, pero intenta recuperar el significado del «bien» a pesar del «malvado»; este bien es la recuperación del amor, la conquista de la verdad, la «bandera venidera»⁴². O sea, que según la opinión de Neruda, a pesar de los crímenes de Stalin, la utopía del mundo socialista positivo y el porvenir feliz no queda destruida.

Ya en el *Memorial de Isla Negra* «El episodio» nos ofrecía una explicación de lo ocurrido y su significado según el poeta, denunciado a partir del título del poema: el hombre y sus yerros son un «episodio» en la historia del socialismo; en la sinceridad de su fe los comunistas constituyen para Neruda lo mejor del mundo, son «la plata pura de la tierra, / el verdadero mineral del hombre», encarnan «el mar que continúa; / la fortificación de la esperanza»⁴³. Entendemos que el problema para el poeta no debía ser de tan fácil solución, si vuelve una y otra vez al tema. Y más aún cuando otro culto de la personalidad, caído el de Stalin, se establece en el mundo comunista, el de Mao Tse Tung. Sin embargo, en cuanto rival de Rusia, Neruda no se preocupa de encontrar para el chino justificación: Mao es malo sin remedio, porque es desviacionista, está contra Moscú; es, pues, un «rostro sin sonrisa» que viste «la túnica de los imperiales / y se coloca en un altar»⁴⁴. El rechazo hacia la China maoísta es total a pesar de haber celebrado en *Las uvas y el viento* la nueva estación de dicha nación⁴⁵, liberada de la tiranía de Chiang Kai Shek, personaje al que Neruda condena⁴⁶, mientras celebra a Mao, al que presenta sonriendo frente a las banderas de su pueblo victorioso⁴⁷.

Sobre el «episodio» de Stalin, verdadero infortunio también para Neruda, el poeta chileno vuelve hasta en su poesía publicada póstuma. En *Elegía* aparece, en largo desfile, una serie de personajes significativos del mundo comunista, entre ellos el inevitable Lenin, y Stalin, nuevamente

⁴¹ *Fin de mundo*: «El culto (II)».

⁴² *Ibid.*

⁴³ *Memorial de Isla Negra*, V-Sonata crítica: «El episodio».

⁴⁴ *Fin de mundo*: «El culto (III)».

⁴⁵ *Las uvas y el viento*, II-El viento en el Asia: «I-Volando hacia el sol».

⁴⁶ *Ibid.*, «IV-Todo es tan simple».

⁴⁷ *Ibid.*, «II-El desfile».

condenado, pero como víctima de Dios y del Demonio que entraron en él, «se instalaron en su alma», con la terrible consecuencia de que «La tierra se llenó con sus castigos, / cada jardín tenía un ahorcado»⁴⁸. El «Camarada Stalin», la noticia de cuya muerte había sido para el poeta, en época lejana, «como un golpe de océano»⁴⁹, es ahora un ser totalmente malo. A pesar de ello la patria socialista no pierde su función de representante de la utopía. Un proceso de sacralización de la Unión Soviética, en este sentido, se advierte ya en *Las uvas y el viento*: es la patria del trabajo, la tierra ancha «como ninguna», donde el hombre es «el rey», un «vasto reino» que «canta» y «se responde cantando»⁵⁰. Stalingrado nos da «la suprema lección de la vida»⁵¹; Stalin es el constructor del hombre⁵². El reino de la utopía se extiende a las naciones que, con la segunda guerra mundial, entraron a formar parte del «paraíso» soviético: Rumania se arranca así de una situación que tanto la asemejaba a las «infernales y celestes»⁵³ repúblicas americanas y los recuerdos de Ovidio y de Garcilaso, desterrados «ayer» en sus «riberas»⁵⁴, acuden a ennoblecer esta tierra, ahora libre y recuperada. Lo mismo Checoslovaquia, ahora patria feliz, «racimo, espiga, acero, pueblo»⁵⁵; Hungría es «bosque y trigo»⁵⁶, Polonia «amor» y «primavera», «canta y cuenta la vida», enseña «la fe en la vida, más profunda / cuando desde más lejos ha venido, de la muerte»⁵⁷. Son suficientes muestras del reino feliz, al que se añaden países del Asia, como Viet-Nam.

Con el informe Cruchov de 1956 este paraíso se hunde. Neruda no acepta, sin embargo, el fracaso de su sueño utópico. Por más sombrío que se le presente el mundo, el poeta no renunciará nunca a su utopía. Los hechos de Hungría y de Praga lo sacuden, como hemos visto, pero para Neruda la maldad es siempre fruto de los hombre que sólo piensan en sí mismos. La perspectiva del día feliz permanece, es necesario que permanezca. En las *Odas elementales* «la irresistible aurora»⁵⁸ alcanzará también a América, a pesar de su actualidad de explotación y dolor.

Prueba del arraigo en Neruda de la utopía del mundo socialista feliz

⁴⁸ *Elegía*, Buenos Aires, Losada, 1974: «XXIII».

⁴⁹ *Las uvas y el viento*, VI-Es ancho el Nuevo Mundo: «V-En su muerte».

⁵⁰ *Ibid.*, «Cambia la historia».

⁵¹ *Ibid.*: «Tercer canto de amor a Stalingrado».

⁵² *Ibid.*: «V-En su muerte».

⁵³ *Ibid.*, XIX-Ahora canta el Danubio: «I-Dedos quemados».

⁵⁴ *Ibid.*, «IV-Los dioses del río».

⁵⁵ *Ibid.*, V-Conversación de Praga: «IX-Con mi amigo de Praga».

⁵⁶ *Ibid.*, XVII-La miel de Hungría: «II-Crecen los años».

⁵⁷ *Ibid.*, III-Regresó la Sirena: «I-Yo canto y cuento».

⁵⁸ *Odas elementales*. «Oda a las Américas».

es la «Oda a don Jorge Manrique», del citado libro de las *Odas elementales*; el personaje, estupendamente idealizado: «Era de plata verde / su armadura / y sus ojos / eran / como el agua marina. / Sus manos y su rostro /eran de trigo»⁵⁹, manifiesta él mismo la seguridad de un momento definitivo para el hombre, el cual con sus manos se fabrica «la terrestre / esperanza», tanto que si él volviera a nacer dejaría de cantar a la muerte, la eternidad vacía y cantaría a la vida. El presente se le ofrece en esta época en su aspecto mejor al poeta, un día «limpio / como una copa nueva»⁶⁰.

A partir de *Estravagario*, Neruda trata una problemática más directamente personal, interior, sin olvidar al hombre en general, se entiende. No tanto «refugio desde la esfera pública a la esfera privada»⁶¹, sino necesidad de afrontar los temas metafísicos que lo atormentan, siempre en una función de intérprete de la problemática humana. Antes, sin embargo, el poeta logra construir otra utopía, la de la felicidad a través del amor. Utopía que surge a raíz del encuentro con Matilde. *Las uvas y el viento* ya tratan de ello. *Los versos del Capitán* son el primer libro-documento de este amor. Capri es la isla feliz, sede de la utopía: allí nace el amor y se desarrolla⁶²; Italia es el país donde el poeta crea, inventa a su amada⁶³ y desde este momento la nación mediterránea y la isla son el símbolo de la estación feliz, que Neruda interpreta como estación definitiva: «En ese territorio, / de tus pies a tu frente, / andando, andando, andando, / me pasará la vida»⁶⁴.

El «Capitán», como se autodefine Neruda, necesita del amor para cumplir con su misión. Matilde se transforma en «estrella» del poeta, lo guía, lo conduce, alza con él «su» bandera⁶⁵. La mujer amada llega a identificarse con el mapa de América: cuando el amante acaricia a su amada recorre el continente, «... ramas y tierra, frutos y agua, / la primavera que amo»⁶⁶. La identificación América-Matilde es total. El amor de Matilde es el mismo de la tierra americana; tiene como efecto acentuar en el poeta la conciencia de su deber. La tierra reconoce una vez más en Neruda a su intérprete⁶⁷. Las palabras con que el poeta celebra el amor están destinadas a transmitir, en el tiempo, lo positivo que éste representa: «el que las

⁵⁹ *Ibid.*, «Oda a don Jorge Manrique».

⁶⁰ *Nuevas odas elementales*, «Oda al presente».

⁶¹ H. LOYOLA, ob. cit., II, p. 310.

⁶² *Las uvas y el viento*, VII-La patria del racimo: «Cabellera de Capri».

⁶³ *Ibid.*, «VI-Te construí cantando».

⁶⁴ *Los versos del Capitán*, «La infinita».

⁶⁵ *Ibid.*, «La bandera».

⁶⁶ *Ibid.*, «Pequeña América».

⁶⁷ *Ibid.*, «Oda y germinaciones», IV.

oiga un día recibirá una ráfaga / de trigo y amapolas»⁶⁸. El significado del amor está en el poder de difundirse entre los hombres, sobre la tierra, provocando la felicidad del mundo⁶⁹. El beso que el poeta recibe de la tierra a través de su amada, es como si, fecundado por el amor, recayera multiplicado sobre la humanidad, que será feliz precisamente a través del amor. Esta utopía se afirma nuevamente en «Epitalamio». Neruda ha logrado transformar plenamente el episodio personal en hecho de alcance universal. En *Nuevas odas elementales*, «Oda a la bella desnuda», la mujer amada ve perfeccionarse el proceso de su divinización y por consiguiente el significado de positividad universal que, cual centro del amor, representa; deviene núcleo difusor de la luz, de una luz interior: «... se desprende / de ti la claridad como si fueras / encendida por dentro»⁷⁰.

En el XXII de los *Cien sonetos de amor* el concepto del resplandor que difunde positivamente su luz y su calor en la tierra se repite y acentúa: «Como hoguera en los bosques el fuego es tu reino»⁷¹. En el soneto LI encontramos de nuevo la imagen del árbol aplicada a Matilde: abierto en su positividad por el relámpago del cielo para que disemine los frutos que su copa encierra, se transforma en «árbol de la vida»⁷².

El significado exaltante de la mujer del amor se expresa en el soneto LII⁷³; en el LIII⁷⁴ la mujer representa, con evidencia, la plenitud vital del mundo: «Aquí está el pan, el vino, la mesa, la morada: / el menester del hombre, la mujer y la vida». La identificación mujer-vida es total.

Vienen luego momentos oscuros, preocupados, el temor por la ausencia, la espera dramática⁷⁵, el sentido del tiempo⁷⁶, la soledad⁷⁷, la inquietud por el futuro⁷⁸. Y nuevamente, en el soneto final, la afirmación del significado positivo de la experiencia amorosa, la permanencia, por encima de todo el desgaste del tiempo: «fundaremos un traje que resista / la eternidad de un beso victorioso»⁷⁹.

Reafirmación después del fracaso. Neruda vuelve a su misión, al deber del poeta, que vuelve a enunciar en *Plenos poderes*, y que le impone «oír

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ *Ibid.*, VI.

⁷⁰ *Nuevas odas elementales*, «Oda a la bella desnuda».

⁷¹ *Cien sonetos de amor*, XXII: «Cuántas veces, amor, te amé sin verte...».

⁷² *Ibid.*, LI: «Tu risa pertenece a un árbol entreabierto...»

⁷³ *Ibid.*, LII: «Cantas y a sol y a cielo con tu canto...»

⁷⁴ *Ibid.*, LIII: «Aquí está el pan, el vino, la mesa, la morada...»

⁷⁵ *Ibid.*, LXV: «Matilde dónde estás? Noté hacia abajo...»

⁷⁶ *Ibid.*, XCI: «La edad nos cubre como la llovizna...»

⁷⁷ *Ibid.*, XLV: «No estés lejos de mí ni un solo día...»

⁷⁸ *Ibid.*, XC: «Pensé morir, sentí de cerca el frío...», y los sonetos LXXXIX, XCII, XCIII.

⁷⁹ *Ibid.*, C: «En medio de la tierra apartaré las esmeraldas...»

y conservar», «sin tregua», entrando por todas partes⁸⁰, con el resultado extraordinario de hacerse intérprete del mundo, o como afirma en «Indagaciones», «de que hablaran los pueblos por mi canto»⁸¹. Dentro de un obstinado proceder Neruda va intentando la edificación del futuro. El amor es ingrediente fundamental: amor hacia la humanidad, que el episodio personal refuerza. Al poeta se le comunica una inquebrantable certeza, una seguridad de dirección en medio de lo negativo, que mano a mano queda atrás: «A plena luz camino por la sombra»⁸². Hasta los inventos del hombre, los viajes a la luna, son señales positivas del mundo nuevo: «El futuro es espacio», afirma Neruda en el último poema del *Memorial de Isla Negra*⁸³.

Hemos mencionado tantas veces *Fin de mundo* como etapa amarga de la esperanza nerudiana en un mundo mejor. El libro se sitúa como un rompeolas en medio de la trayectoria poética, y humana, de Neruda. Ya los años de la meditación y el recuerdo han emprendido una carrera precipitada. En este libro el poeta es el testigo de la edad criminal, «testigo de cargo»⁸⁴ lo llama Loyola, quien interpreta *Fin de mundo* como el «descenso a la región de la muerte, cuya extensión-profundidad abraza toda la tierra y compromete a todos los hombres, incluyendo al hablante mismo»⁸⁵.

La verdad es que todas las ilusiones parecen confluír en una general desilusión, a pesar de proclamarse Neruda poeta de la esperanza, de permanecer el exaltador del hombre en su máximo significado, su naturaleza «infinita». Abandonarlo sería traicionarlo, traicionar la misión que al poeta le es propia, la de indicar, por encima del mal triunfante, de las sucesivas derrotas, «otros caminos incesantes»⁸⁶, por siempre finalizados a un mismo sueño utópico. Cuando Neruda afirma, en «Canto», «encontraremos la alegría / en el planeta más amargo»⁸⁷, sienta ya las bases de *La espada encendida*, largo poema que publicará en septiembre de 1970⁸⁸, de gran significado en su obra y su ideología.

Acaso sea ésta la utopía nerudiana más correspondiente por su concepción a la utopía clásica. Si no hija del optimismo la utopía de *La espada encendida* lo es ciertamente de la fe en un progreso no sólo material

⁸⁰ *Plenos poderes*, «Deber del poeta».

⁸¹ *Ibid.*, «Indagaciones».

⁸² *Ibid.*, «Plenos poderes».

⁸³ *Memorial de Isla Negra*, V-Sonata crítica: «El futuro es espacio».

⁸⁴ H. LOYOLA, ob. cit., II, p. 438.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 441.

⁸⁶ *Fin de mundo*, «La pasión».

⁸⁷ *Ibid.*, «Canto».

⁸⁸ *La espada encendida* (Buenos Aires, Losada, 1970).

sino espiritual del hombre. No está colocada fuera de la historia sino en una historia que, afortunadamente, todavía no se ha verificado: la destrucción atómica del mundo. El reino de la utopía está situado en un país de vagos contornos geográficos e históricos, las soledades magallánicas, y responde, pues, sustancialmente a la exigencia de espacios misteriosos y desconocidos propia de la utopía: fuera de la geografía —tan vaga es para la mayoría la noción de la región magallánica— y fuera de la historia, una historia concretamente construida sobre acontecimientos. No se remonta a una humanidad auroral, pero presente una, refundada después del desastre atómico. Persigue una estación feliz permanente, proyectada en el futuro, después del nuevo Apocalipsis, a raíz del cual se instaurará el reino feliz, no dispuesto y ordenado por entes divinos, sino por el hombre y su trabajo.

La utopía nerudiana está bien asentada en la tierra. A diferencia de utopías recientes que tienden a vaciar lo humano de todo significado, establece su importancia única.

La utopía contempla generalmente una isla o un archipiélago: el mundo construido por Neruda es una suerte de remoto archipiélago, o de todas maneras un centro atractivo en torno al cual se reúnen los continentes para recomenzar la vida, fundar de nuevo la raza humana.

Dicho esto, recordemos que *La espada encendida* cuenta la fábula del último ser humano en la tierra, su nuevo nacimiento a través del amor, el alba de una nueva humanidad. El clima se vuelve sagrado a través del recurso a una cita del *Génesis*, 1.III.24 donde se refiere de la primera pareja humana, que, por no haber respetado el mandato de Dios, llega al conocimiento por el pecado y es echada del paraíso terrenal, cuyo acceso defienden a partir de este momento dos querubines con una espada de fuego⁸⁹. La pena para los réprobos es el trabajo; Eva está condenada a una total sumisión al hombre; ambos vivirán del sudor de su frente. El trabajo se entiende aquí como castigo, dolor.

Antes de que comience el poema nerudiano, una breve prosa expone el argumento y nos proporciona la clave para su interpretación. La última pareja humana del viejo mundo está destinada a ser la primera del nuevo. El hombre, Rhodo, es un fugitivo de las «grandes devastaciones» que terminaron con la humanidad; Rosía viene de un mundo mítico, de la ciudad áurea de los Césares, acaso la misteriosa ciudad incaica que los españoles no encontraron nunca.

⁸⁹ Según el texto de la *Vulgata*: Dios «Ejecitque Adam: et collocavit ante paradysum voluptatis Cherubin, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitae».

En *La espada encendida*, Neruda es testigo y cantor de la agonía del mundo en un sucederse temporal automático, pasivo. El tiempo, vuelto a su origen, a la hora cero, queda en espera de reanudar su marcha progresiva. Es cuando la pareja se encuentra, al fin se ama y frente a la cólera de los volcanes decide procrear, dar nuevo comienzo al mundo. Una vez más el amor es rescate de la pasividad negativa, acicate para la acción constructiva. En la reconquistada inocencia el amor es alegría y tormento, felicidad del encuentro y temor por la posible pérdida, por el futuro, pero construye las premisas para que el universo vuelva a su ritmo productivo. Es la realización plena del hombre y la mujer, el triunfo de la vida que, al contrario del *Génesis*, no es castigo, sino felicidad en la fatiga compartida, una felicidad, como ha notado A. Sicard⁹⁰, en el trabajo, parte determinante de la «divinidad» del hombre. Rhodo y Rosía, aprendido el «oficio de metal y madera» en la construcción del arca de la salvación, serán en efecto «divinos»⁹¹, pero de una divinidad completamente humana.

Mientras que errantes y perseguidos por la ira de Dios nuestros antiguos progenitores, Adán y Eva, procrean a Caín, o sea al crimen, Rhodo y Rosía están destinados a una tarea extraordinariamente positiva, a deberes «sobrehumanos», el rescate del mundo, que fundan sobre el rechazo de la historia, desde una reconquistada inocencia auroral:

persistir y crear el reino limpio,
paso a paso, cavando, sin pasado,
construyendo de nuevo el esplendor
sin sangre ni ceniza.⁹²

Llegados al conocimiento de sí mismos, los dos personajes alcanzan la conciencia de su misión, la de hacer florecer nuevamente el «árbol de la vida». Y mientras la primera pareja, Adán y Eva, llega al conocimiento en la desobediencia, los nuevos fundadores alcanzan el significado de su tarea en un estado de total inocencia. A través del amor vencen la ira del volcán, enemigo de la raza humana. De la muerte vuelve a nacer la vida. Perseguida por los elementos, en vísperas de la erupción, rodeada del temor de animales y naturaleza, insegura hasta en el arca, que tiene que disputar a los animales, la pareja afirma su divinidad en el momento mismo en que el viejo dios, el volcán, pretendiendo destruir su obra presente, im-

⁹⁰ A. SICARD, «*La espada encendida* de Pablo Neruda, une fable matérialiste», *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, Caravelle, 20, 1973, p. 135. SICARD ha examinado detenidamente el poema más tarde en su tesis, ahora en castellano con el título: *El pensamiento poético de Pablo Neruda* (Madrid, Gredos, 1981).

⁹¹ *La espada encendida*, «LXXXIV-El pasado».

⁹² *Ibid.*, «XXIII-Los constructores».

pedir su obra futura, determina, al contrario, su propia muerte. El hombre es el nuevo Dios, un Dios completamente humano. La espada encendida de los querubines genésicos es vencida por el amor; el árbol de la vida nuevamente alcanzado, sin infracciones ni pecado. Se afirma así la victoria sobre la muerte y el significado permanente del hombre, que

puede morir, pero debe nacer
interminablemente:
no puede huir: debe poblar la tierra,
debe poblar el mar: sólo los nuevos dioses
mordieron la manzana del amor.⁹³

Frente a la fuerza del amor la espada de fuego es una amenaza impotente. Hombre y mujer gobiernan juntos el arca que repoblará el mundo, conscientes ya de su tarea divina, como «progenitores de la salvación»⁹⁴. Victoriosos se sienten iguales entre sí y ante la empresa. Rhodo repudia definitivamente la soledad estéril y en la mujer ve el infinito que comienza⁹⁵. Afirma Rosía:

Desde toda la muerte
llegamos al comienzo de la vida.⁹⁶

La sugestiva utopía nerudiana de la refundación del mundo es un renovado acto de fe en la humanidad, arranca de los lóbregos colores de *Fin de mundo* oponiéndose decididamente, desesperadamente, a la perspectiva terrible del fin de siglo allí contemplada. A la historia vista con sus propios ojos, según Sicard ha afirmado⁹⁷ a propósito de *Fin de mundo*, el poeta opone la nueva utopía como necesidad de continuar la historia. El amor es, materialmente, el proceso a través del cual pasa la refundación. «Carácter material de la relación erótica»⁹⁸, afirma el citado Sicard, ¿y por qué no medio para reconquistar esa inocencia auroral sin la cual ninguna gran empresa puede acometerse? Y una vez conquistada, la explicación de esa «ardiente paciencia» con que el profético Rimbaud anunciaba el próximo ingreso a la «espléndida ciudad», la que «dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres», según comenta Neruda, razón para él de la poesía:

⁹³ *Ibid.*, «LXXIX-Volcán».

⁹⁴ *Ibid.*, «LXXX-Volcán».

⁹⁵ *Ibid.*, «LXXXVI-Aquí termina y comienza este libro».

⁹⁶ *Ibid.*, «LXXXVII-Dicen y vivirán».

⁹⁷ A. SICARD, *El pensamiento poético de Pablo Neruda*, ob. cit., p. 546.

⁹⁸ *Ibid*

«Así la poesía no habrá cantado en vano»⁹⁹.

Ni *Las piedras del cielo*, ni *Geografía infructuosa* nos ofrecen motivos nuevos para el tema que estamos tratando. Cuando Neruda, vuelto a su país desde París, toma parte activa en la situación política, ya difícil, y en apoyo a «Alianza Popular» publica *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución chilena*, en 1973¹⁰⁰, su sueño utópico de la invencibilidad de su patria revelará su fragilidad en el fracaso mismo del sistema, pero precisamente en este momento adquirirá una fuerza expansiva extraordinaria dando fundamento al canto de cuantos no se han resignado, a su esperanza. Función más feliz no podía tener el poeta.

En cuanto a los libros poéticos aparecidos póstumos, sólo en pocas ocasiones encontramos en ellos materia de utopía. Y es cuando el poeta, de cuando en cuando, vuelve a la esperanza, a pesar de ciertas enunciaci-ones que, como en *Jardín de invierno*, confirman una dura experiencia en la tierra. Dirá en «El egoísta»: «Esta es la hora / de las hojas caídas, trituradas / sobre la tierra»¹⁰¹; y en «Gautama Cristo» recordará sombría-mente las experiencias amargas de su generación: «Los que cruzamos es-tas edades con gusto a sangre, / a humo de escombros, a ceniza muer-ta...»¹⁰². El clima es el de las *Residencias* y de *Fin de mundo*.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, en 2.000¹⁰³, por ejemplo, tercero de los libros póstumos nerudianos, a pesar de que contempla un panorama oscuro del mundo, donde se perpetúa la esclavitud, la explotación del hombre, tiembla la esperanza, el ejemplo de la tierra continuamente ger-minadora vuelve el poeta a una visión más optimista para el futuro. En «Celebración» las uvas, símbolo de tan arraigada presencia en la poesía de Neruda, volverán a ser indicio de plenitud, una plenitud que englobará a las nuevas naciones llegadas con sangre y sudor a la independencia. Pero, intérprete de la inquieta aventura del hombre en la tierra, el poeta chi-leno es ya fundamentalmente incapaz de sueños, de nuevas utopías, que en definitiva han sido siempre fundamentalmente una sola: la felicidad del hombre. Sus libros póstumos se llenan de notas preocupadas, pro-pias además de una autobiografía sin esperanzas ya presente en *Geografía infructuosa*. No es sin significado la vuelta de Neruda a Quevedo. Signi-

⁹⁹ Discurso pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Nobel de Literatura, ahora intro-ductivo a *Obras Completas* cit., I.

¹⁰⁰ *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución chilena*, (Santiago de Chile, Ed. Qui-mantu, 1973).

¹⁰¹ *Jardín de invierno* (Buenos Aires, Losada, 1973).

¹⁰² *Ibid.*, «Gautama Cristo».

¹⁰³ 2.000. «IX-Celebración».

fica la definitiva conciencia de que todo pertenece a ésa «agricultura de los huesos» aludida en distinta época vital, pero con sincero dramatismo, en *Canción de gesta*¹⁰⁴. En *Jardín de invierno* el drama parece matizarse de resignación; «Pertenezco a la tierra y a su invierno»¹⁰⁵. «Sólo no hay primavera en mi recinto» declara, sin embargo, en «Con Quevedo en primavera».

En *El mar y las campanas* la concepción nerudiana del mundo es de nuevo totalmente negativa. El poema que empieza con el verso «Desde que nació...» afirma un concepto parecido al expresado antaño en «Débil del alba» de *Residencia en la tierra*:

Hora por hora con una cuchara
cae del cielo el ácido
y así es el hoy del día,
el día de hoy.

La trayectoria se cierra volviendo a los orígenes. Hay que celebrar, sin embargo, en Neruda, con el intérprete apasionado de la edad que le tocó vivir, nuestra edad, al incansable forjador de sueños, al fundador obstinado de utopías, que solas hacen soportable al hombre la residencia en la tierra.

GIUSEPPE BELLINI

Università di Milano

¹⁰⁴ *Canción de gesta* (La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1960), «Puerto Rico Puerto Pobre».

¹⁰⁵ *Jardín de invierno*, «Jardín de invierno».